

LA PUBERTAD. DE LO DISRUPTIVO A LO TRAUMÁTICO

PUBERTY. FROM THE DISRUPTIVE TO THE TRAUMATIC

María del Rosario **Maroño**

Universidad de Belgrano
charomaronio60@gmail.com

RESUMEN

Se presentarán las características propias de la pubertad como proceso normal del desarrollo y no traumático, como sostienen algunos autores psicoanalíticos.

Se sostiene que el proceso puberal tiene cualidades disruptivas específicas que generan vivencias ominosas que al ser metabolizadas, mediatizadas por factores cometabolizadores, pueden evitar un vivenciar traumático. Los cambios corporales que, en la pubertad se caracterizan por ser drásticos y vertiginosos, determinan un incremento pulsional que hace que esta etapa evolutiva, tenga características específicas y un proceso psíquico particular que debe ser elaborado y permite delimitar a la pubertad como una etapa evolutiva diferente a la adolescencia.

La claridad y precisión de los conceptos de lo disruptivo y la vivencia ominosa, en la pubertad, nos brinda la posibilidad de una mayor comprensión de los desafíos que nos presenta la clínica cotidiana y un aporte para una diferenciación diagnóstica.

PALABRAS CLAVE: Pubertad; Cuerpo-Disruptivo; Vivencia ominosa; Trauma; Adolescencia.

ABSTRACT

The characteristics of puberty will be presented as a normal process of development, non traumatic, as some psychoanalytic authors maintain.

It is argued that the pubertal process has specific disruptive qualities that generate ominous experiences that, when metabolized, mediated by cometabolizing factors, can avoid a traumatic experience. The body changes, that at puberty are characterized by being drastic and vertiginous, determine a drive increase that causes this evolutionary period of life to have specific characteristics and a particular psychic process that must be elaborated and allows delimiting puberty as a different evolutive stage to adolescence.

The clarity and precision of the concepts of disruptive and ominous experience at puberty gives us the possibility of a better understanding of the challenges presented by the daily clinic and a contribution to a diagnostic differentiation.

KEYWORDS: Puberty; Disruptive body; Ominous experience; Trauma; Adolescence.

¡Uau, crecí! |

Paciente de 10 años:

A: ¿Te das cuenta de que estás más grande?

P: Lo veo pero no lo siento.

Yo tenía una guitarra cuando era chiquito,

y el otro día la agarre y ¿sabes qué?:

la guitarra se achicó.

Paciente de 12 años:

P: ¿Sabes Charo?, me tienen que crecer los ojos.

Ante mi pregunta de por qué, me explica.

P: El otro día me subí al colectivo y vi en el fondo a un tipo muy alto y pensé

“¡Qué alto es ese tipo!”

Pero cuando me acerque a él me di cuenta que yo era más alto.

Charo, no me crecieron los ojos!

Al referirse al tratamiento psíquico, Freud resalta la importancia de la palabra en la cura de los trastornos psíquicos y destaca la necesidad de poner en palabras aquello que no las tiene.

Freud sostiene el nexo innegable entre lo corporal y lo psíquico. Este nexo puede analizarse en relación a la pubertad –etapa previa a la adolescencia–, en la cual comienzan las modificaciones corporales que dan lugar a los caracteres adultos.

Sin desconocer que el proceso puberal es complejo y amplio, me centraré en dos aspectos centrales que resaltan distintos autores en relación a la pubertad: el extrañamiento en relación a lo corporal y la pubertad como traumática.

La labor clínica con pacientes púberes, que no sufren de una patología grave, me permitió observar que cuando el púber toma conciencia de su crecimiento, manifiesta la sorpresa que se produce frente a lo inesperado del encuentro y registro de ese cuerpo diferente.

Se observa un desfase entre el crecimiento corporal y la inscripción y representación psíquica de los cambios físicos acaecidos. Se requerirá de un tiempo para que sean elaborados y representados en el psiquismo.

La pubertad como proceso de crecimiento, a diferencia de otros momentos de la vida del niño, tiene un fuerte empuje pulsional que le atribuye una cualidad especial y diferente.

Desde el psicoanálisis, varios autores resaltan a la pubertad como el momento que se caracteriza, especialmente, por el extrañamiento que producen los cambios corporales. Consideran a la pubertad como traumática por el impacto que producen, en el psiquismo, los cambios físicos que no son acompañados de su inscripción y representación psíquica.

Postulo a la pubertad como un proceso normal del desarrollo no traumático aunque sí podría ser potencialmente traumático. El desfase que existe entre el crecimiento corporal y el tiempo que requiere para su inscripción psíquica no hace a la pubertad traumática, lo que implicaría un proceso meta-psicológicamente diferente, sino como un impacto disruptivo.

El concepto de lo disruptivo me permite dar cuenta de que los cambios físicos son un hecho fáctico que impacta en el psiquismo del púber, provocando sorpresa y extrañamiento y que es un proceso normal del desarrollo. Diferenciar lo disruptivo de lo traumático permite resaltar las capacidades inherentes y propias de cada sujeto para su elaboración.

El impacto disruptivo de la pubertad, del orden de lo fáctico, potencia un proceso psíquico del orden de lo ominoso.

Lo disruptivo de la pubertad genera una vivencia específica, con una cualidad ominosa. Lo disruptivo de la pubertad y la vivencia ominosa serán elaborados/tramitados a partir del proceso psíquico de metabolización y de la función de los factores cometabolizadores.

La pubertad: un impacto disruptivo

En la pubertad algo pasa en y desde el cuerpo. En un principio, cuando no hay representación psíquica ni palabra para los cambios corporales, lo somático se le impone al púber.

Desde que el niño nace va procesando los cambios que son producto de su crecimiento y se acomoda a ellos. En la pubertad el crecimiento corporal es drástico. La aparición de los caracteres sexuales genitales primarios y secundarios, el desarrollo de

la sexualidad genital y por lo tanto la capacidad de procrear, obstaculiza al psiquismo el procesamiento paulatino de estos y requiere de un tiempo para su elaboración.

Los cambios corporales no se pueden detener, irrumpen sin mediar ninguna posibilidad de control sobre estos. Provocan sorpresa y una sensación de incertidumbre, ya que psíquicamente aún es un niño y necesita de un tiempo para lograr tramitarlos.

El púber se encuentra con un cuerpo apto para las relaciones sexuales, pero que no ha logrado aún un desarrollo psíquico que pueda acompañar estos cambios: no logró todavía la separación e individuación de los padres, el encuentro con nuevos objetos sexuales, la resolución del Edipo, la bisexualidad, la identidad y la problemática narcisista.

La importancia de la relación entre el púber y su cuerpo es el comienzo de lo que luego se desarrolla en la adolescencia. La imagen corporal se va construyendo y elaborando a lo largo de la vida y es la interiorización de la relación del niño con su cuerpo y es un componente esencial de la constitución de la identidad.

Arminda Aberastury (Aberastury et al.,1971; Aberastury y Knobel, 1999) postula tres duelos que el adolescente debe realizar: por el cuerpo infantil, por los padres de la infancia y por la identidad y el rol infantil, estos duelos repercuten en la esfera del pensamiento y una lograda tramitación, favorece la entrada a la adolescencia. Sostiene que el cuerpo será sentido como propio en los casos en que el duelo por el cuerpo infantil se elaboró adecuadamente. La importancia de la relación del niño con su cuerpo es uno de los indicios para medir la integridad de su yo, ya que hay una íntima relación entre la imagen corporal y las funciones del yo, en especial la percepción, el juicio de realidad y el control de la motricidad.

Lo inesperado del encuentro del púber con una nueva imagen, con un cuerpo diferente con nuevas posibilidades funcionales, produce efectos intrapsíquicos

desestabilizantes. La confrontación de su imagen, anteriormente infantil, produce un impacto en su psiquismo, y es en ese momento donde se da la sorpresa, el encuentro con lo inesperado y, por lo tanto, la desregulación y la desestabilización.

Uribarri (1999) define a la adolescencia como una situación potencialmente traumática, con fuerte raigambre narcisista. Al hablar de un potencial traumático, el autor diferencia las características propias de cada sujeto; es decir, las singularidades propias de su historia. Nos dice, que el cambio puberal es disarmónico creando sensaciones de cambio caótico que altera el sentimiento de identidad. Según el autor, la herida narcicística refiere a que el Yo no puede dominar el impacto y lograr tramitar psíquicamente los cambios, y queda desbordado e imposibilitado de control, lo que disminuye su autoestima. Hay una vivencia de ajenidad por los cambios corporales que son vividos como provenientes del afuera. Para el autor, estos cambios devienen traumáticos cuando son tempranos, bruscos, es decir, antes de lo esperado produciendo un desfasaje con el grupo de pares, intensos, y en un corto plazo, con relativa independencia de la historia previa. Generan una sensación de extrañamiento frente al cuerpo, ya que se arma la paradoja de saberlo como propio, pero sentirlo desconocido, y esto impide la re-apropiación de su propio cuerpo.

Los cambios corporales, los trabajos a realizar, la reactivación de la conflictiva edípica, un aparato psíquico que todavía no puede tramitar todos los cambios acaecidos y todo lo que esto conlleva hacen del púber un niño sorprendido, confundido, lo que lleva a los autores a considerar la pubertad como traumática y con una sensación de extrañamiento por un cuerpo que viven como propio pero que no les resulta familiar.

Postular a la pubertad como una situación disruptiva permite: resaltar las capacidades que cada sujeto tiene para resolver y tramitar el impacto que se produce en su psiquismo ante los cambios corporales; diferenciarla del trauma, que metapsicológicamente tiene

un proceso diferente; y describir la importancia del proceso de metabolización y de la función de los factores cometabolizadores.

Lo disruptivo es el impacto de lo fáctico interno o externo en el psiquismo. Ese impacto desorganiza, desestructura o provoca discontinuidad. La disruptividad es una cualidad inherente a lo fáctico que caracteriza a una determinada situación y es la principal responsable de la forma en que esos hechos del mundo fáctico impactan en el psiquismo. Esta cualidad se vincula a la capacidad de generar efectos intrapsíquicos desestabilizantes, resultantes de diferentes reacciones psíquicas. Adquiere su potencialidad disruptiva cuando entra en relación con el psiquismo, con el proceso psíquico, e implica una exigencia de trabajo impuesta al psiquismo más allá del estado en el que se encuentra, obligándolo a recurrir a estrategias o procesos estabilizadores no siempre exitosos. La desorganización y lo que ocurra con ella no le pertenece al impacto sino que depende del sujeto que lo vive (Benyakar y Lezica, 2005).

La aparición de la menarca y de la polución las considero otra situación disruptiva, que se suma a la confrontación con la imagen, pero que tendrán otras características y consecuencias, ya que el cambio y el crecimiento en la pubertad, a diferencia de la infancia, refieren a lo funcional.

De lo heterogéneo a lo homogéneo

Para postular y desarrollar lo disruptivo de la pubertad y de la vivencia ominosa me baso en la propuesta de aparato psíquico de Benyakar (2006).

El autor sistematizó e introdujo modificaciones al modelo creado por Aulagnier (1975) con el objetivo de proponer una metapsicología que permita una mejor comprensión de la clínica de lo disruptivo. El desarrollo que haré a continuación es una propuesta que el autor realiza basándose en la propuesta teórica de espacios psíquicos de Aulagnier.

El importante aporte de Aulagnier es su propuesta tópica, o de espacios psíquicos, por medio de ellos se irán ubicando los diferentes fenómenos para poder precisar, con mayor exactitud, las características transformacionales del psiquismo. Este proceso transformacional será llamado por Aulagnier proceso de metabolización, ya que al diferenciar los espacios psíquicos se puede establecer el modo en que lo no propio se transforma en propio para cada uno de los espacios.

Todo estímulo proveniente del mundo de lo fáctico, del soma o del mundo externo, es heterogéneo al psiquismo, imponiéndole la exigencia de un trabajo de metabolización para convertirlo en homogéneo y, por lo tanto, pasible de ser utilizado para su desarrollo.

La metabolización psíquica, es un proceso que se da en el interjuego entre los diferentes espacios psíquicos: originario, primario y secundario. El púber ya posee los tres espacios psíquicos postulados por Aulagnier.

Aquello que es homogéneo a un espacio, el originario, es heterogéneo a los otros, el primario y el secundario. En la metabolización se torna lo no propio en propio, y este proceso posibilita que se despliegue la transformación de los afectos y las representaciones entre los espacios.

El espacio originario se caracteriza por otorgar una primera y rudimentaria forma a los estímulos fácticos, la percepción es endógena. En este espacio, todos los elementos se organizan como provenientes del propio cuerpo. El aparato entonces los percibe como derivados de sí mismo. Está regido por el postulado de autoengendramiento, el afecto que lo caracteriza es la sensación y el componente representacional es la figura desconociendo la diferenciación entre lo interno y lo externo.

En el espacio primario predomina el contacto con algo que no es puro autoengendramiento, pero tampoco puede llegar a reconocerse al otro como diferente o

netamente otro. Está regido por el postulado de relación, el afecto que lo caracteriza es la emoción y el componente representacional es la imagen, es decir la representación de cosa, así comienza a entretorse la diferenciación lo interno y lo externo. El psiquismo adquiere ya el sentido de una relación entre elementos, se comienza a gestar la categoría uno mismo, ya que se insinúa un comienzo de diferenciación del afuera o lo externo. Sin embargo, la relación con el objeto aún es difusa.

Por último, el espacio secundario, donde se afirma la categoría de lo externo y, simultáneamente, adquiere la inmensa riqueza de lo externo en sí, de la alteridad. Está regido por el postulado del sentido. El afecto que lo caracteriza es el sentimiento y el componente representacional es la palabra o idea, consolidándose la diferenciación entre lo interno y lo externo, apareciendo la representación de palabra. En este espacio lo humano está regido por el contacto con lo fáctico externo y sus leyes y funcionamientos representados como tales. Ya no se trata de una alteridad meramente espacial, sino de una alteridad con cualidades específicas (Benyakar, 2006).

Cuando en un espacio los elementos se articulan según el postulado que les es propio, decimos que esos elementos son homogéneos. La labor de representación, es la transformación en homogéneo a cada uno de los espacios de eso que emerge heterogéneo, sosteniendo el principio de continuidad, coherencia e integración.

La representación de acuerdo a la definición del diccionario de psicoanálisis designa lo que uno se representa, lo que forma el contenido concreto de un acto de pensamiento y especialmente la reproducción de una percepción anterior (Laplanche, Pontalis y Lagache, 1967).

En el presente trabajo postulo que en la pubertad algo novedoso acontece y la designo como acontecimiento para resaltar lo nuevo y aquello que ha provocado un

impacto individual subjetivo. Planteo el siguiente interrogante ¿debemos hablar de representación o de inscripción psíquica?

En la pubertad, sostengo, se daría la reproducción de una percepción anterior y además la necesidad de inscribir algo nuevo, ese cuerpo nuevo diferente al infantil. Algo nuevo debe inscribirse, aquello que proviene de lo somato-psíquico, pero también algo debe representarse; es decir, volver a presentarse a partir de inscripciones previas.

Dr.: ¿Qué haces aquí, cariño?

Ni siquiera tienes edad para saber qué tan mala puede ser la vida.

Cecilia: Obviamente, Dr., usted nunca fue una niña de 13 años.

(Bär y Coppola, 1999)

La vivencia traumática

Para que la pubertad sea una vivencia traumática debe darse una desarticulación de afecto y representación que no necesariamente ocurre en todos los casos, ya que un púber con recursos psíquicos, a través de un proceso de metabolización y de los factores cometabolizadores adecuados, logrará una reestabilización.

Esta desarticulación puede deberse a un vivenciar traumático, que refiere a fallas primarias en la simbolización, en la estructuración psíquica.

La función de cometabolización, los factores cometabolizadores, refieren principalmente a la función maternante y paternante. Cuando esta falla, se da un vivenciar traumático y, en el caso de la pubertad, la imposibilidad de metabolización de lo disruptivo y de la vivencia ominosa.

La confusión de límites como adentro/afuera, sí mismo/objeto, realidad interna/externa forma parte de la problemática puberal. La presencia de figuras representativas como los padres y los amigos es de fundamental importancia en el proceso de metabolización del púber, y en el acceso al espacio secundario y por lo tanto a la palabra. Por ello, y de esta forma, logrará una adecuada entrada a la adolescencia.

La vivencia ominosa

En algunos casos, para que se dé la nostalgia de aquello que se echa de menos o se perdió, se necesita un segundo tiempo y es cuando el sujeto toma conciencia de que algo ya no está.

El púber habita un cuerpo extraño porque algo novedoso ocurrió. Hay en su imagen, algo familiar: le es conocida y desconocida a la vez, propia pero aún no propia. La adolescencia no se puede inaugurar sin la aparición del extraño allí, sin verse como un extraño (Rodulfo, 1992).

Este extrañamiento que se da en la pubertad es algo que el psiquismo debe procesar. Para Grassi (2010), la vivencia de extrañamiento corporal es el sentimiento de extrañeza que bajo la forma de angustia no mentalizada está asociado al cuerpo puberal, a la pérdida de los reparos y los límites corporales que llevan al adolescente a tratar su cuerpo como un objeto externo extraño, sin embargo el púber tiene que realizar varias incorporaciones:

La vida psíquica encuentra distintos momentos en los cuales se trata de inscribir, incorporar, metabolizar lo heterogéneo, y así re-organizar, re-ordenar, des-ordenar, lo previo. Siendo que desorden, re-organización y neo-organizaciones aparecen ante la incorporación de lo nuevo, de lo distinto, de lo hetero; lo puberal-adolescente trabaja para su incorporación y homogenización lo proveniente de distintas fuentes: cambio corporal e historia personal, lo inter-subjetivo y lo trans-subjetivo (Grassi, 2010, p. 30).

Mario Waserman (2011), al referirse al artículo de Freud titulado Metamorfosis de la pubertad, dice: “una vez que se pone en marcha el cambio, no se puede parar, se vuelve trauma o maravilla” (Waserman, 2011, p.21).

La imagen del cuerpo que llega desde el afuera debe transformarse en representable para lo psíquico. Esta es la causa del extrañamiento de lo puberal, ya que “el espejo no le devuelve la imagen de niño que espera encontrar” (Punta de Rodolfo, 2005, p.125).

Los autores destacan el fenómeno de extrañamiento que se da en la pubertad, se daría una reproducción de una percepción anterior y además la necesidad de inscribir algo nuevo, ese cuerpo nuevo, diferente al infantil. Algo nuevo debe inscribirse, aquello que proviene de lo somato-psíquico, pero también algo debe re-presentarse; es decir, volver a presentarse a partir de inscripciones previas.

En la pubertad se da ese interjuego entre lo novedoso, lo externo, y lo conocido, lo interno, que desemboca en ese fenómeno de extrañamiento. Este extrañamiento que se da en la pubertad, se debe a que la imagen del cuerpo que llega desde el afuera permite el registro del cambio y debe transformarse en representable para lo psíquico.

La presencia de este extraño inaugura lo puberal y pone en crisis una cierta certidumbre narcisista, y “este trabajo se transforma en una verdadera transmutación y no sólo un pasaje, en el sentido en que la operación maestra del púber es que lo familiar devenga extraño, que sea escupido (recordando la oposición lo trago/lo escupo), escupir lo familiar y volverlo extraño” (Rodolfo, 1992, p.158).

Rodolfo resalta ese inter-juego, propio del proceso puberal, entre lo familiar y lo extraño. Por lo tanto coincide en que el impacto disruptivo de la pubertad y la sensación de extrañeza, implican la ruptura con lo familiar y el cambio de relación consigo mismo y con el mundo.

El sentimiento de lo extraño inquietante, para Sami-Ali (1992), implica el retorno a esta organización particular del espacio, en la que todo se reduce al adentro y al afuera, y en la que el adentro es también el afuera. Para este autor, lo extraño inquietante se sitúa en el nivel del espacio sensorial estructurado normalmente por la vista. Me interesa

el aporte de Sami-Ali porque sostengo que, lo disruptivo de la pubertad y la vivencia ominosa que genera, se da en la interrelación con lo externo, en la confrontación con algo externo, que produce el encuentro con ese cuerpo diferente al infantil por medio o a través de la mirada, la vista.

Los cambios corporales quedan en espera a ser significados. La mirada funciona como organizador de estas sensaciones y cambios, permitirá que se tornen palpables, se localicen y, luego de la elaboración o metabolización de lo disruptivo y la vivencia ominosa, se integren a la imagen corporal. La mirada favorece la diferenciación entre fantasía y realidad, la estructuración de las experiencias internas y externas y la percepción y comunicación de manera organizada.

La vivencia ominosa no es una vivencia traumática, no es patológica, es un tipo especial de articulación entre representación y afecto, es una vivencia con una cualidad especial. Esta cualidad es la que hace que el púber experimente una sensación de extrañeza por el inter-juego que se da entre lo propio y no familiar, y entre lo familiar y no propio, posibilitándole el desarrollo de defensas saludables para el logro de su elaboración.

El modelo desarrollado por Benyakar (2006) es un modelo procesual enfocado en el proceso psíquico. Según el autor, una de las modalidades que adquiere la labor psíquica es la inclusión de lo fáctico y del mundo externo en el psiquismo del sujeto. El modelo propuesto permite describir como se articula, metaboliza y/o transforma el encuentro entre lo fáctico y lo psíquico, como lo heterogéneo se transforma en homogéneo al psiquismo.

La representación es una de las tres dimensiones de la pulsión, que en el funcionamiento psíquico normal se encontrará articulada con el afecto, la segunda dimensión, a través de la vivencia, la tercera dimensión. De modo que este modelo

agrega a las dimensiones clásicas de la representación y el afecto vinculados a la pulsión, una tercera, que es la de la vivencia.

La vivencia es esa particular articulación entre afecto y representación, es una función psíquica articuladora que opera en el mundo interno. Es un concepto metapsicológico que alude a la actividad psíquica; es inefable, es decir que no puede ponerse en palabras si bien siempre está implícita en el relato de un sujeto. La experiencia, a diferencia de la vivencia, es pensable y comunicable. Permite anudar, ligar lo fáctico interno, proveniente del cuerpo o somático, y lo fáctico externo, lo proveniente del afuera, con la vivencia a partir del vivenciar (Benyakar, 2006).

La vivencia es el producto de un modo de procesar que tiene el psiquismo, lo que la hace única y singular. La vivencia testimonia el contacto con el mundo externo ya que un estímulo fáctico, proveniente del mundo externo o del soma, activa la función de articulación entre un afecto y una representación, ambos pertenecientes al mundo psíquico.

La vivencia produce el vivenciar, proceso mediante el cual se despliega la capacidad, inherente a la criatura humana, de articular el afecto con la representación, y así poder procesar los eventos fácticos a los que se ve expuesta a lo largo de la vida.

Benyakar (2000) postula la vivencia siniestra u ominosa, cuando existe una articulación particular entre afecto y representación. Siniestro u ominoso, nos dice, tienden a homologarse con lo terrible y desagradable, pero se trata del inter-juego que se produce entre lo propio no familiar y lo familiar no propio, haciendo una clara diferencia con lo traumático.

Postulo a la vivencia ominosa como parte del proceso evolutivo, conlleva una función subjetivante. Lo disruptivo de la pubertad, del orden de lo fáctico, promueve un proceso psíquico que genera una vivencia con una cualidad específica ominosa que no

es patológica. Dicho proceso no es traumático, si bien puede serlo potencialmente. Destaco una clara diferencia con lo traumático que implica un proceso metapsicológico diferente.

La vivencia ominosa es elaborable a diferencia de la vivencia traumática, y posibilita el desarrollo de defensas saludables, en el mejor de los casos, para el logro de su elaboración. Si bien ambas vivencias emergen de lo disruptivo, la ominosa no coarta el procesamiento psíquico, sino que es inherente al mismo. Los cambios corporales en la pubertad, al requerir de un tiempo para su elaboración e inscripción psíquica, provocan el sentimiento de un cuerpo y una imagen conocida y desconocida a la vez.

A partir del modelo de aparato psíquico propuesto, sobre los espacios psíquicos, me permite dar una ubicación espacial a lo disruptivo en la pubertad y a la vivencia ominosa que genera.

Lo proveniente de lo somato instintual, como novedoso en la pubertad, se inscribe en el espacio originario. Este espacio se caracteriza porque le da a los estímulos una forma rudimentaria y no hay una diferenciación externo e interno o adentro y afuera. Por lo tanto, el aparato psíquico percibe los estímulos como provenientes del propio cuerpo. En el caso de la pubertad es así. En este espacio, el afecto que lo caracteriza son las sensaciones que son vividas como autoengendradas, es decir que él percibe que es él mismo el que las provoca, a pesar de que su propio cuerpo solo provoca una parte de esas sensaciones.

El espacio Primario se caracteriza por el comienzo de diferenciación externo e interno. En este espacio rige como postulado la relación.

Por lo tanto, el registro de lo novedoso de los cambios somato psíquicos se dará con el pasaje del espacio Originario al Primario. Es en la interrelación con lo externo, cuando el púber confronta su imagen con algo del afuera y cuando se produce el evento

disruptivo que genera una vivencia del orden de lo ominoso. A partir de la confrontación de su imagen en el espejo o con otros sujetos, el púber se asombrará de sí mismo, de su imagen conocida pero desconocida a la vez, lo que implicará una nueva representación, de un afuera propio pero no familiar.

La aparición de lo somático psíquico y lo pulsional como heterogéneo, pueden tener dos destinos: persistir como heterogéneo o ser metabolizado transformándose en homogéneo. Parece un proceso solo intrapsíquico, pero ese efecto pulsional del psiquismo sobre sí mismo requiere la existencia de un factor mediatizador que permita al púber metabolizar sus propios componentes pulsionales. Por lo tanto lo disruptivo de la pubertad y la vivencia ominosa, serán tramitados a partir de la modalidad de la metabolización subjetiva; es decir, propia de cada individuo, y en relación con la función de los factores cometabolizadores.

La función de metabolización es un proceso psíquico. Utilizo el término factores cometabolizadores porque: acuerdan con la propuesta de aparato psíquico aquí utilizada, colaboran y participan con el proceso psíquico de metabolización de un sujeto por lo que son cometabolizadores; y permite englobar, no solo a las figuras parentales, sino también otras figuras y actividades que el púber puede realizar y colaboran en la elaboración del proceso puberal.

Los factores cometabolizadores refieren especialmente a la función maternante y paternante pero también a los vínculos: fraternos, de amistad y de otros sujetos significativos en la vida del púber. El entorno, es decir, su mundo, sus lugares de pertenencia, sus actividades, colaboran también en la metabolización de lo novedoso.

Para la tramitación satisfactoria de la pubertad, los vínculos que el púber establezca son de extrema importancia. Quiero destacar en particular al grupo de pares, los amigos,

como aquellos que cumplen una función fundamental en la elaboración del proceso puberal.

A mi entender podríamos pensar que el amigo, en algunos casos, funciona como un doble. La representación del doble tiene su origen en el narcisismo primario y adquiere nuevos contenidos con el desarrollo del sujeto. Los amigos, como espejo del púber, le permite reflejarse en ellos y lograr la elaboración y registro de los propios cambios acaecidos a partir de ver que los mismos también ocurren en ellos. La amistad funcionará como sostén del proceso ya que los grupos de pertenencia mitigarán el sentimiento de soledad que experimenta, brindando un lugar de pertenencia y sensación de seguridad y fortaleza por el hecho de que a ellos, en el decir de los jóvenes, “les pasa lo mismo” y “pueden entenderme”.

En la pubertad, el doble será un momento de pasaje obligado, que permite organizar el caos sin abandonar las fuerzas vivas de la pulsión. La duplicación será un intento de defensa frente a las angustias de castración y de separación, reactivadas por el descubrimiento de lo extraño de él mismo, del otro diferente, de la finitud, de la diferencia sexual con la tramitación del complejo de Edipo, tanto positivo como negativo.

El doble tendrá una función de sostén de un narcisismo desfalleciente, con el riesgo de alienación pero también con la posibilidad de un apoyo transformador para el devenir ulterior del sujeto (Baranes, 1997).

Algunas reflexiones

El trabajo del pensamiento, lograr la representación e inscripción psíquica de los cambios físicos y acceder a la palabra, restablece psíquicamente una continuidad allí donde la experiencia está marcada por el sello de la discontinuidad.

Me gusta pensar esta concordancia a partir de lo que Freud plantea en relación a comenzar a tener el juicio de atribución y el juicio de existencia. Freud (1925/1979) indica en su texto titulado La negación, que el juicio tiene dos posiciones que adoptar: atribuir o desatribuir una propiedad a una cosa , el juicio de atribución; y admitir o impugnar la existencia de una representación en la realidad , el juicio de existencia. Enuncia: “Ahora ya no se trata de si algo percibido (una cosa del mundo) debe ser acogido o no en el interior del yo, sino de si algo presente como representación dentro del yo puede ser reencontrado también en la percepción (realidad)” (Freud, 1925/1979, p. 255).

Paulatinamente, el juicio de atribución, más cercano al principio de placer, comienza a darse conjuntamente con el juicio de existencia y por consiguiente, el principio de realidad. Freud plantea que se está frente a una cuestión de afuera y adentro. Todas las representaciones provienen de percepciones y son la repetición de éstas, pero en un comienzo:

Ello ocurrió en el extremo sensorial del aparato anímico, a raíz de las percepciones de los sentidos. En efecto, de acuerdo con nuestro supuesto, la percepción no es un proceso puramente pasivo, sino que el yo envía de manera periódica al sistema percepción pequeños volúmenes de investidura por medio de los cuales toma muestras de los estímulos externos, para volver a retirarse tras cada uno de estos avances tentaleantes (Freud, 1925/1979, p.256).

La concordancia entre la representación psíquica y su imagen corporal se da paulatinamente.

La pubertad, nos dice Rodolfo (1992), conlleva varios trabajos psíquicos a realizar. Al hablar de trabajo este autor desea destacar la actitud activa del niño, que implica tareas que el púber debe realizar, y que si no se cumplen lo expone a consecuencias.

Estos trabajos implican un movimiento regrediente y progrediente, necesario para la asunción, integración y metabolización de lo nuevo, de lo heterogéneo.

El comienzo de la resolución de la bisexualidad y del complejo de Edipo , tanto positivo como negativo, el pasaje de lo fálico a lo genital, del Yo ideal al Ideal del yo, son algunos de los trabajos a realizar por el púber. Trabajos que conllevan la exploración, pero que considero que la misma no puede pensarse sin articularla con la experiencia. En la experiencia, como en el juego, se puede tocar y agarrar, tomar y dejar, pensar y poner en palabras. La exploración del propio cuerpo, del mundo y de los objetos permite ir conociéndolos y hacerlos propios y familiares. Este experienciar le permite al púber ir haciéndose poseedor de algo, hacerlo parte de uno mismo, enfatizando más el proceso que el producto.

La experiencia en la pubertad articula lo disruptivo –que refiere a lo fáctico interno y externo– y la vivencia ominosa, que le da a la experiencia puberal esa cualidad específica. Los vínculos intersubjetivos son base también de la experiencia y por lo tanto necesarios para lograr la representación psíquica de los cambios que se dan en la pubertad.

La exploración, la experiencia y el experienciar su cuerpo, el mundo externo, los objetos, permitirá al púber una representación anticipada de lo que será, de la formación del ideal y de los ideales que la cultura propone. El narcisismo infantil debe transformarse y deberá renunciar a lo que ya no es para comenzar a anticipar lo que será.

La pérdida del cuerpo infantil es uno de los motivos de la reactivación narcisista propia de la pubertad. Surge, a modo de defensa, la conducta pregenital oral, es decir, se regresa a un modo de funcionamiento pregenital característico del narcisismo primario.

Escuchamos a púberes que nos dicen, ante la aparición de los caracteres sexuales secundarios: “¿Y no me lo puedo aguantar? ¿No pueden dejar de crecer?” En esta pregunta estarían aplicando el modelo esfinteriano, que resulta inoperante en relación a lo genital.

Dice Norma Tortosa (1999) que, si por medio del espejo la imagen de sí o de otro promete una futura unidad, se plantea una situación de tensión para el que se mira en ella, entre la imagen que se le presenta y su insuficiencia.

“¿Quién soy?”, se pregunta el púber; pregunta que luego se abrirá a otras: “¿Quién quiero ser? ¿Quién puedo ser?”

La reactivación del narcisismo infantil en la pubertad hace que la propia imagen no sea aquella que se desea o espera, lo que provoca una baja de la autoestima y una herida narcisística.

La angustia por la pérdida del cuerpo infantil resignifica la angustia de castración expresada en relación al ideal: la imagen es insuficiente, no es aquella imaginizada o idealizada de la infancia.

En casos graves, este proceso puede llevar a la noción de cuerpo fragmentado; en los casos más neuróticos, lleva a la unidad, a la integración a partir de la metabolización de lo propio lo y no-propio ,y de lo familiar y no-familiar.

La vivencia ominosa entraña la cualidad del cómo fui, el cómo soy y la curiosidad del cómo seré, en un trabajo de construcción de lo que será el ideal. A partir de lo novedoso de la pubertad se dará la inscripción de nuevas representaciones, y la conquista de un nuevo mundo a partir de una nueva mirada.

CONCLUSIONES

El enfoque psicoanalítico de la pubertad aporta conocimiento en relación al proceso del púber para poder percibir y representar psíquicamente los cambios físicos, que lo desestabilizan y sorprenden, en un comienzo, con un impacto disruptivo que proviene desde lo interno, somático, y desde lo externo, imagen que proviene del afuera, generando una vivencia ominosa.

Con el devenir de la adolescencia, y para poder transitarla satisfactoriamente, el antes púber debe haber logrado la concordancia entre la imagen interna de su cuerpo, y la externa, la que proviene del afuera. En la adolescencia debería lograrse que la confrontación con lo externo, como por ejemplo en un espejo, ya no sea disruptiva ni ominosa, sino que sea concordante con la de su psiquismo.

Por lo tanto, y para concluir, la pubertad es un momento de cambio, de reestructuración del psiquismo, de resignificación del pasado y la antesala del trabajo adolescente. Lo que comienza en la pubertad se consolida en la adolescencia. Lo adolescente, entonces, será un trabajo elaborativo realizable exclusivamente sobre la base del material puberal, como señala Gutton (1993).

En la adolescencia, a diferencia de la pubertad, los fenómenos están más relacionados con su entorno y con sus impactos sociales que, producen problemáticas en relación con desequilibrios narcisistas y padecimientos relacionados con los ideales.

Quiero destacar la importancia de una adecuada tramitación de la pubertad, de su impacto disruptivo y de la vivencia ominosa. A mi entender, de no lograrse, no habrá una adecuada interiorización de los cambios acaecidos y, por lo tanto, en la adolescencia no se podrá lograr la consolidación de la imagen corporal y de las nuevas funciones sexuales y el ingreso a ella podrá ser con un vivenciar traumático.

La importancia de la conceptualización de la vivencia ominosa es que permite diferenciarla de la vivencia traumática. La claridad y precisión de los conceptos de lo

disruptivo y la vivencia ominosa me ha brindado la posibilidad de un importante aporte en la diferenciación diagnóstica y, por lo tanto, en nuestra clínica cotidiana.

REFERENCIAS

- Aberastury, A. y Knobel M. (1999). *La adolescencia normal*. Bs.As.: Ed. Paidós Educador.
- Aberastury, A., Lustig de Ferrer, E.S., Zak de Goldstein, R., de Jarast, S.G., Kalina, E., Knobel, M., Rivelis de Paz, L., & Rolla, E. H. (1971). *Adolescencia*. Bs. As.: Ed. Kargieman.
- Aulagnier, P. (1975). *La violencia de la interpretación. Del pictograma al enunciado*. Bs.As.: Amorrortu Editores.
- Bär, W. (Productor) y Coppola, S. (Director). (1999). *Virgenes Suicidas* [Película]. Estados Unidos: Paramount Classics.
- Baranes, J.J. (1997). El doble en la adolescencia: diversidad y funciones. *Revista de psicoanálisis con niños y adolescentes*, 10, 9-28.
- Benyakar, M. (2000). *Lo traumático y lo ominoso. Cuestionamientos Teórico-Clínicos acerca del procesamiento de las amenazas* (pp.71-77). Departamento de Psicopatología Dr. Arnaldo Rascovsky. Memoria de una gestión: 1999-2000 / Asociación Psicoanalítica Argentina. Bs. As.: Asociación Psicoanalítica Argentina.
- Benyakar, M. (2006). *Lo disruptivo. Amenazas individuales y colectivas: el psiquismo ante guerras, terrorismos y catástrofes sociales*. Bs. As.: Editorial Biblos.
- Benyakar, M. y Lezica A. (2005). *Lo traumático. Clínica y paradoja*. Bs. As.: Editorial Biblos.
- Freud, S. (1979). La negación. En *Obras Completas*. Tomo XIX. Bs. As.: Amorrortu (Trabajo original publicado 1925).

- Grassi, A. (2010). Metamorfosis de la pubertad: el hallazgo (?) de objeto. En A. Grassi y N.C. Córdova (Eds.), *Entre niños, adolescentes y funciones parentales* (pp.7-44). Bs. As: Entreideas.
- Gutton, P. (1993). *Lo puberal*. Bs. As.: Paidós.
- Laplanche, J., Pontalis, J.B. y Lagache, D. (1967). *Diccionario de psicoanálisis*. Bs.As.: Paidós.
- Punta de Rodulfo, M. (2005). *La clínica del niño y su interior. Un estudio en detalle*. Bs.As.: Paidós.
- Rodulfo, R. (1992). *Estudios clínicos. Del significativo al pictograma a través de la práctica psicoanalítica*. Bs. As.: Paidós.
- Sami-Ali, M. (1992). *Cuerpo real, cuerpo imaginario*. Bs. As. Paidós.
- Tortosa, N. (1999). Doble y narcisismo. *Revista de Psicoanálisis de la Asociación Psicoanalítica de Madrid*, 29, 59-73.
- Uribarri, R. (1999). Notas sobre pubertad, traumatismo y representación. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 90, 132-144.
- Waserman, M. (2011). *Condenados a explorar. Marchas y contramarchas del crecimiento en la adolescencia*. Bs. As.: Editorial NovEduc.

Recibido: 02/2017

Aceptado: 07/2017